

Mercados y creencias

La situación de la economía de mercado ofrece, actualmente, un aspecto de inquietante ambigüedad. Por un lado, es el sistema que ha logrado que muchos países y personas hayan podido crecer y desarrollarse. Por el otro, sigue provocando una persistente resistencia en muchas otras regiones basada en una mentalidad bastante extendida que la cuestiona tanto desde un punto de vista social como moral. La intención de este número de *Cultura Económica*, con Carlos Newland como editor invitado, es ofrecer al lector una exploración de algunas de las razones y puntos de conflicto que podrían comenzar a dar una explicación sobre esta ambigüedad.

Los mercados son espacios de intercambio de bienes o servicios. Allí, lo que alguien produce o no desea es llevado para ser canjeado por otro producto. En el cambio, si no existe coacción, todas las partes se benefician al valorar más lo recibido que lo entregado. Dado que los intercambios se repiten una y otra vez, se van generando tasas de conversión o precios. Ellos son un cruce de las consideraciones y cálculos de los productores -la oferta- y de los consumidores -la demanda. En situaciones competitivas, los precios reflejan los costos de producción en sus valores marginales, o lo que también es conocido como coste de oportunidad.

Pero el mercado también se encuentra íntimamente relacionado con la cultura. Una creencia popular favorable a la apreciación de una economía de mercado tenderá a generar instituciones eficientes y una mejor asignación de recursos. Estas creencias, muchas veces, no se encuentran presentes en las poblaciones ni en muchos economistas que ven a los mercados como organizaciones altamente maleables mediante una adecuada ingeniería regulatoria.

El trabajo de Carlos Newland destaca que las poblaciones de naciones que más se acostumbraron a funcionar y operar en el mercado fueron más propensas a aceptar culturalmente el capitalismo y establecer las instituciones que facilitan su desarrollo. En opinión del autor, allí donde existió un gran número de pequeños agricultores independientes, surgió una cultura más competitiva, que apreciaba la iniciativa individual. Esta cultura habría permeado la creación de instituciones aptas para sostener y promover una economía de mercado floreciente, situación que mostró una gran persistencia en el tiempo.

No obstante, el mercado también está limitado por el marco institucional. Su funcionamiento ha estado condicionado históricamente por múltiples restricciones impuestas por agentes de todo tipo, en buena medida por los gobiernos. El feudalismo implicó una fuerte restricción al movimiento de la mano de obra y venta de la tierra. Los controles de precios impedían incrementos que se consideraban excesivos. La fijación de la tasa de interés buscaba limitar la usura. El artículo de Federico Sosa Valle, a través del análisis de tres autores relevantes, busca entender mejor estas limitaciones institucionales que afectan a los incentivos y el desempeño económico.

El artículo de Pál Czeglédi estudia más profundamente el papel de los valores y las creencias en el libre mercado. Para el autor húngaro, es la consistencia de las creencias, no tanto las creencias en sí, la que puede estar incrustada en la cultura. Con creencias distribuidas más consistentemente, un aumento constante en la libertad económica creará más perdedores ideológicos en el electorado. Esta propuesta está respaldada por algunos análisis estadísticos con las áreas de libertad económica, como variables dependientes y las medidas de inconsistencia de las creencias del mercado desde la Encuesta Mundial de Valores.

Los economistas han centrado también sus esfuerzos en entender el funcionamiento de los mercados, en una subdisciplina tradicionalmente denominada teoría de los precios y luego microeconomía. Dado que el intercambio de mercado es una interacción que ocurre en diversos lugares y bajo diversas condiciones, los precios también serán variados. La fruta costará menos en una zona frutera y la calefacción tendrá mayor precio donde escasee la energía. Una fuerte motivación para los productores es la detección de beneficios en la generación de ciertos bienes, signo de que la sociedad está valorando más una mayor abundancia en ese ramo. Los beneficios serán un motor y una señal que reasignarán los factores de la producción hacia ciertos destinos. Fernando Méndez Ibisate, en el trabajo aquí presentado, marca lo que considera dos peligros en la forma en que se ha desarrollado el análisis microeconómico. En primer lugar, se ha dado una interpretación utilitarista del modelo neoclásico. Por otra parte, se ha desarrollado un énfasis modelístico matemático que puede conducir, junto con el utilitarismo, a una percepción mecanicista e intervencionista de la economía.

Un aspecto menos tratado es el vínculo de las creencias acerca del mercado con la visión acerca de las empresas. Muchas veces, el juicio negativo sobre estas últimas se generaliza en un juicio también negativo sobre la economía de mercado. Tal como sostiene Miguel Attaguile, la vinculación entre ambos es uno de los puntos complejos de estudio de la economía capitalista. De hecho, el advenimiento de las grandes estructuras corporativas, cotizantes en los mercados de capitales, fue el principal vector para propiciar un quiebre en la concepción teórica de la firma. El ensayo de Attaguile se centra, precisamente, en el análisis de la evolución del marco teórico de la firma, en relación con la teoría de la agencia y sus tensiones a causa de la separación del control por parte de los accionistas.

El liberalismo político y económico fue la reacción contra el feudalismo, el mercantilismo y el absolutismo que ponían límites exagerados a la economía de mercado. El proyecto de Adam Smith y de otros economistas europeos, fue el de recuperar el impulso inicial de la primera burguesía hacia una economía libre de la arbitrariedad del poder. Lo cierto es que la libertad económica que promovieron muchas veces con éxito y buenos frutos en materia de creación de riqueza para amplias zonas del mundo, estuvo acompañada por creencias culturales y éticas que permitieron su desarrollo institucional en el tiempo. Sin embargo, eso no fue posible en otras regiones del mundo en las que existía y aún existe una fuerte resistencia a su implantación.

Esperamos que este número, inspirado en estas tensiones conceptuales, signifique un aporte a este debate complejo y de múltiples aristas.

Carlos Hoewel (director)
Carlos Newland (editor invitado)
Álvaro Perpere Viñuales (editor)